

hoy escribe

Santiago Alba (\*)

puntaren  
puntan

El teatro del crepúsculo (y II)

El teatro, desde luego, no produce sentimientos nuevos. Purifica, en efecto, los sentimientos — en cuyo interior se organiza mi carácter, mi neurosis, mi inscripción en el universo — de toda turbulencia entrópica. Instala mis sentimientos en un espacio limitadísimo, pero absoluto en la secuencia de su apertura — dos horas sobre un escenario en el que yo no intervengo — y en él se consumen, como en un brasero, en la pura immanencia de su duración. La sensación de hambre puede robar, puede matar, puede transformar el mundo; el hambre representado se agota en la provisionalidad del sentimiento que me ha sido instalado: en el tiempo de su instalación (desde el escenario) es absoluto, pero su instalación sólo es posible mientras el espectador conserve la misma posición frente a los actores: pasivo, sedente, indiferente. Es decir: sólo se le puede instalar el sentimiento absoluto de hambre mientras continúe sentado. El sentimiento en este caso es, en efecto, el resultado de una combinatoria en la que el elemento-espectador (el soporte de la percepción, el sujeto sentimental) debe estar sentado: de otro modo el aparato — el artefacto — no funciona. El objetivo de algunas experiencias teatrales de vanguardia, de todos conocidos, en las que se hace participar al espectador de la acción dramática, es precisamente ésta: la desentimentalización del aparato o, lo que es lo mismo, la irrepresentabilidad. Nada más incómodo, más atroz: privado de lugares de reconocimiento, este actor a palos reclama su papel de espectador y rechaza la desintegración: quiere sentir, quiere llorar, quiere emocionarse... quiere volver a sí mismo y alejarse de la cosa. Hay que contárselo: el éxito de Walt Disney o de Steven Spielberg se debe a que su sentimentalismo desbordado radicaliza la experiencia de la subjetividad y conjura la amenaza de la abstracción. O, valga decir, de la acción.

En el triunfo de Disney y Spielberg se refleja todo el espíritu de este fin de siglo. Que la más bárbara, la más salvaje, la más cruel de las civilizaciones se sublime ideológicamente en el sentimentalismo, y en el sentimentalismo más exacerbado, expresa la nega-

tiva de esa civilización a vivir su tragedia. A vivir su ocaso. No hay puesta del sol. No hay crepúsculo. Amanecerá. La reproducción del día simboliza la reproducción del capital, que es el teatro de todas las tragedias y la representación de todos los olvidos...

El teatro instala en mí — purificados de la cosa misma, de su percepción — sentimientos que previamente me había instalado el mundo. Aparatos de sentimentalización, en el mundo, hay por todas partes, infinitos, infinitamente intrincados (la misa, la nostalgia, la poesía, la familia), cada uno de ellos operando al servicio de la conservación y reproducción de una estructura diferente (la neurosis religiosa, la autoridad edípica, la gramática de la lengua). Todo este enjambre de aparatos de sentimentalización han acabado homogeneizados, explotados e integrados (cuando no suprimidos) en una única estructura monstruosa (pero impotente a estos efectos) que no puede producir sus propios aparatos de sentimentalización. Esta estructura es la relación «capital» que, no obstante su impotencia, organiza sentimentalmente al sujeto, monopolizando de tal modo su sentimentalidad (sus lugares de reconocimiento) que el hombre ya sólo puede combatir su tragedia reproduciendo al mismo tiempo el capital (reproduciendo en forma ampliada la tragedia). Incluso ha introducido, desde el siglo XVIII, una organización sentimental en la naturaleza, que ha pasado en poco tiempo de ser la verdadera tragedia del hombre a ser únicamente un teatro, un espacio inmóvil, un escenario. Lo decíamos antes: el crepúsculo se ha convertido en una representación. Nos emociona: ya no somos monos. Flaubert, el cristal literario donde de un modo más puro se refleja esta transformación, buscará sentimientos (injerencias de la Historia) frente a la Naturaleza, derivando por el Nilo entre palmeras: «acodado sobre la borda contemplando las ondas bajo el claro de luna, esforzándome en pensar en todos los recuerdos históricos que debían presentármese y que no se me presentaban, mientras que mi ojo, estúpido como el de un bucy, contemplaba pura y simple-

mente el agua». En la Naturaleza se escenifica ya para siempre la insulsa emoción humana histórica (esa luna, esas aguas deben evocarme a Herodoto, a Cleopatra, a Napoleón). La luna, las aguas no me dicen nada: no tienen voluntad. El teatro ha vencido a la tragedia.

En este fin de siglo, pues, todo sentimiento conserva y reproduce el capital. Sólo nos emociona lo que es funcional; sólo nos emocionan las cosas a efectos de funcionar en la extracción de plusvalor. No hay ya — no sé si ha habido — sentimientos revolucionarios; los sentimientos integran, interpelan al sujeto en condiciones sociales que se anticipan a su llegada, a su palabra, a su discurso (y el sol se pone no porque quiera ponerse, no porque quiera dejarme a oscuras: se pone para decorar mi despacho, mis abrazos, mis emociones). Si se nos pide, pues, que describamos los objetivos de una nueva práctica revolucionaria diremos, al menos, esto: que debe pasar por un ininterrumpido sabotaje emocional; que se propondrá la producción de fallas (guijarros en los engranajes de la maquinaria) en los mecanismos de la sentimentalización: eso es lo que hicieron Kafka, Walser, Musil en el espacio imaginario de la novela, Brecht en el del teatro, Magritte en el de la pintura. Quizás una desentimentalización completa que libere la tragedia reprimida y nos permite ser absolutamente-ante-la-cosa (y no sólo chillar como los pájaros o embriagarnos como los hombres sino — como quería Spinoza — entender y participar, por tanto, de la acción dramática sin miedo y sin vergüenza). O quizás también — pues tal vez sea posible una sentimentalidad revolucionaria — una hipersentimentalización desproporcionada y gratuita, desbordada, desvergonzada, una especie de *hybris* del sentimentalismo mediante el cual un pequeño detalle (la sonrisa cobarde de un funcionario que ha metido la pata, una vieja chaqueta en la basura) haga llorar escandalosamente, al mismo tiempo, a todo el mundo. Y la máquina, desajustada, se rompa en mil pedazos. Walt Disney y Steven Spielberg habrán sucumbido a sus excesos...

(\*) Escritor

Nahia, nagusi

Nazioaren eskubideen teoriar, nabarmen dago joera: XIX. mendean gidaritzat oinarri objektiboak hartzen baziren ere, XX. mende honetan gero eta garrantzi handiagoa ematen zaitu herrien nahiari.

Lehen hau esaten zen: hemen badago arraza, hizkuntza, ohitura bereziak dituen herri bat; hortaz, Estatu berezia eraikitzeko eskubidea du. Orain berriz, beste hau esaten da: herri honek libro izan nahi du; hortaz, autodeterminazio eskubidea dago, eta honen bitartez Estatu askatu bat eraikitzeko eskubidea du.

Nola jakin giza-talde batek benetan askatu nahi duela? Hauxe da gaur egun juristek egiten duten galderea.

Estatu askotan (Espainian eta Frantzia guri dagokigunez) autodeterminazio eskubiderik ez da aitoritzen. Bidasoaz honentza denok gara «españolak»; eta Bidasoaz harantz, denak dira «frantsesak». Eskubideak «pueblo español» delakoari dagozkie. Estatua «deszentralizatu» egin daiteke, agian, «Herri español» bakar horrek horrela erabakitzen badu ( Madrilgo gobernuak horrela erabakitzen badu, jakina).

Gauza bera Frantzia aldean. Autodeterminazio prozesua zabaldu ezin denean, nahia beste modutara neur daiteke. «Herrien Eskubideen aldeko ligak» garbi utzi zuen, Eritrea-ko bere iritzia eman zuenean, Borroka armatuaren iraukortasuna izan daitekeela irizpide seguru bat. Eritrean, hain zuzen, borroka armatua daramate eritrear separatistek aspaldianik. Kurdistanen gertatzen den bezala.

Kasu hauetan, eta nazio askapen mugimenduak, izari militarra ere iristen duenean, jurista internazionalenak nahia erantzun hartzeko dute borroka armatu horren iraupena.

Partidu espagnolistek, beraz (bai sukurtsalistek eta bai autonomistek) cuskal borroka armatuari buruz gure eskubidea «arriskutan» jartzeko duela esaten dutenean, gezurra diote. Euskal Herriak ez du inoiz autodeterminazio-referendumik galdu; eta horregatik diogu, berriro ere, hemen ez dagoela demokraziarik. Demokrazia egon dadin hauxe baita lehenengo puntua: herri batek Herri Gisa izateko duen eskubidea. Gaurko legetasunetan Euskal Herriak ez dauka desagertzeko beste eskubiderik. Bestela esanda, inperialismo bikoitzak bere helburu hitzailea azken bururaino gauzatzea baizik.

Balegoke beste bide bat: batzutan ETAK hartu izan duena, bortxarik-ez iraultzailea; Mahatma Gandhik Indian erabili zuena. Partidu espagnolistek (sukurtsalistek eta autonomistek) ez dute sekula erabili. Garaikoetxea, Bandres, Arzalluz, gose-greban ikustekotan gaude beti. Alferrrik, jakina... Espagnolistak aisago harrapatzen baititugu mahai «autonomiko» batean inguruan zanga-zanga, petate batean eliza zoko batean etzanda baino...

TXILLARDEGI

hemeroteca

El nuevo PNV

(Ofa Bezunartea, «El Correo Español», 25-IX-89)

El tono de los discursos de los dirigentes nacionalistas en los últimos meses, sobre todo a partir de la jornada electoral del 15 de junio pasado, en la que los resultados del PNV reflejaban una clara tendencia hacia la recuperación, hacían prever que la música de fondo de El día del partido aludiría a la importancia de mantener la línea ascendente que le permita al PNV recuperar, al menos en parte, el papel hegemónico que ha desempeñado en el País Vasco desde la transición, durante toda la etapa autonómica y que perdió a causa de su división y el nacimiento de EA.

Si el rechazo del exclusivismo nacionalista constituye ya una de las notas del nuevo PNV, desde hace dos años, recalcar en ella en el tono que ayer se hizo, omitiendo alusiones agresivas o excluyentes hacia el resto de fuerzas políticas, representa un claro intento de recoger adeptos, donde quiera que se encuentren, deseados de aportar cuanto suene a racionalidad y pragmatismo. El PNV parece querer au-

mentar su electorado cambiando el acento reivindicativo por el constructivo e insistiendo en los aspectos más positivos y esperanzadores y partiendo de las premisas de que el país ya tocó fondo en la crisis política y económica y está en franca recuperación.

Moneda de cambio

(«El País», 25-9-89)

Los presos etarras han sido utilizados hasta ahora como moneda de cambio por la organización terrorista y por sus acólitos ideológicos de Herri Batasuna para intentar obtener del Estado una negociación política sobre el futuro de Euskadi.

Por eso, con muy buen criterio, el Ministerio de Justicia ha iniciado una política de dispersión de estos presos por las cárceles del país, que impida su control por ETA y su condición de rehenes útiles para los fines siniestros de su organización.

Pero ahora resulta que alguien más acaba de descubrir las virtualidades de los presos etarras como mercancía política. El Gobierno autonómico catalán pretende admitir el traslado de 17 etarras a sus cárceles (se trata de la única comunidad autónoma con competencias en el asunto) a cambio de contrapartidas fundamentalmente económicas.

Al nacionalismo pujolista le cuesta reconocerse en la imagen de

doblez de lenguaje que se le percibe fuera y dentro de Cataluña, a derecha y a izquierda, pero no cesa en su empeño de seguir atizando el fuego con una mano mientras con la otra hace signos de moderación y de concordia, silbando con una cara y sonriendo con otra, ofreciendo una incondicional colaboración antiterrorista ahora y recurriendo al chaloneo presupuestario después. Todo esto es extraordinariamente perjudicial para todos: para la lucha antiterrorista, para la imagen de los catalanes y, al cabo, para la propiedad Democracia, un partido democrático que siempre ha proclamado y con frecuencia demostrado su sensatez en asuntos de Estado.

